

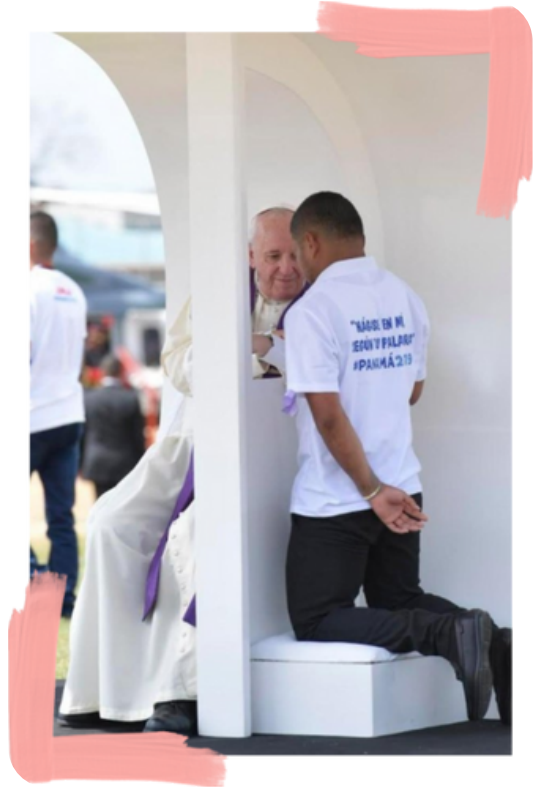
# EL AMOR MISERICORDIOSO DEL CORAZÓN DE JESÚS EN CUARESMA

Cristo, el Salvador, verdadero hombre y verdadero Dios, ha dado toda su sangre en la cruz para darnos el perdón ¡Qué importante, pues, es el perdón de los pecados!

El Santo Padre Francisco, ha afirmado: "En la Iglesia ha llegado ya la hora de anunciar el perdón". Y, también: "El sacramento de la Reconciliación necesita volver a encontrar el puesto central en la vida cristiana (...). Y, en la bula *Misericordiae Vultus*: "De nuevo ponemos convencidos en el centro el sacramento de la reconciliación, porque nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia".

Multisecularmente, año tras año, en Cuaresma es cuando el toque de trompeta, invitando a la confesión, resuena más potente en todo el Cosmos. Es la invitación a poner guapa el alma para poder celebrar dignamente la gran fiesta cristiana, la Pascua.

¡La confesión es el sacramento de la misericordia!, extraordinariamente bello. En el mismo, el amor misericordioso del buen Jesús, abraza, de modo muy especial, tu corazón. En muchas ocasiones el Santo Padre Francisco ha afirmado que al confesarnos recibimos el abrazo amoroso del Señor. En una ocasión, una mujer, me dijo, con una emoción desbordante en su rostro, que iría a confesarse para recibir el beso de Jesús ¡Qué hermoso es recibir el beso de Dios! Muchos amigos míos sacerdotes, ¡"golosones" de los besos de Jesús!, se confiesan mucho. En la confesión pasa como en la hermosísima parábola del hijo pródigo, ¿recuerdas?: el hijo pequeño vuelve a casa, cargado sólo con la maldad de sus actos. Manifiesta su miseria espiritual al padre. Entonces, éste, nada le echa en cara, sólo le llena de besos y hace para él una gran fiesta, inmensamente feliz de haber recobrado al hijo de su corazón. ¡Tuvo que ser muy reconfortante para este pobre hijo! ¡Qué alegría! ¡Qué emoción! Dan ganas de verse como un hijo pródigo, basurilla, para llenarse de tanto amor del padre. Como decía san Josemaría: "Hemos de comportarnos como un pequeño que se sabe con la cara sucia y decide lavarse, para que su madre después le dé un par de besos".



Un feligrés mío, que llevó a uno a confesarse, me dijo: en mi vida nunca he visto a nadie tan contento, tan feliz, como a éste después de confesarse. ¡Qué bien saberse limpios! ¡Qué descanso! ¡Qué dicha! Una vez conté a una mujer que en cierto lugar se confesaban poco. Me respondió: ¡no lo puedo entender!, ¡me parece inconcebible! Pero, ¿cómo puede ser que se confiesen poco si el sacramento de la confesión es el sacramento de la alegría? ¡El sacramento de la alegría, de la alegría, de la alegría! Precisamente, cuando estuve en la JMJ de Madrid, unas niñas pequeñitas iban hacia el confesonario dando saltitos de alegría, como los gorriones, se notaba que iban a una fiesta maravillosa. Fiesta, por cierto, en la que hubo cuarenta mil confesiones, muchísimas de jóvenes. ¡La lira del corazón joven aún levanta al cielo altos y bellos acordes!

Como decía san Juan Pablo II: los dos grandes tesoros del cristianismo son la Sagrada Eucaristía y el sacramento del perdón. Un motivo que tuvo Chesterton para hacerse católico fue que en el catolicismo se perdonan los pecados. El sacramento del perdón cierra las puertas del infierno y nos abre las puertas del cielo. Como dice el Doctor Angélico, ¡el perdón es más hermoso que la creación del cielo y de la tierra!

José María Montiu de Nuix  
Director Diocesano | Solsona